

CRISPACION EN CHILE

«NO habrá guerra civil», dijo el Presidente Allende a una manifestación de apoyo que se formó en la madrugada del viernes al sábado ante el palacio presidencial: palabras graves que significan que hay un riesgo de guerra civil. La multitud lo comprendió así y lanzó el clásico grito de «armas al pueblo», oído —o desoído— en tantas vísperas trágicas. Pero no habrá armas para el pueblo. Probablemente Allende sospecha, con bastante fundamento, que una provocación de este tipo produciría una rápida reacción contraria en las Fuerzas Armadas. No quiere caer, como él dice, «en la irresponsabilidad de la Asamblea Popular de Bolivia, que hizo que el imperialismo derribara a Torres». El gran riesgo para Allende y el Gobierno de Unión Popular es que la oposición de la derecha —que posee, como terrible arma lícita, la mayoría del Congreso— no trata tanto de contenerle en sus reformas socialistas como, al contrario, de impulsarle hacia adelante a mayor velocidad de la posible, a quemar etapas, a radicalizarse, con objeto de que la revolución, como un tren a excesiva velocidad, descarrile. Estos objetivos de la derecha coinciden con los de la extrema izquierda —el MIR, algunos sindicatos, los mineros—, para la cual la experiencia se arruinará si no hace una demostración de fuerza. Estos son los factores que hacen pensar en el riesgo evidente de la guerra civil.

DURANTE ese día que terminó a la madrugada con la manifestación de apoyo a Allende, la oposición había ganado en la Cámara su batalla más importante contra el Gobierno, al conseguir —por ochenta votos contra cincuenta y nueve— la suspensión del ministro del Interior, José Toha, acusado de conducta anticonstitucional. La base de la acusación es la de haber permitido la existencia de grupos armados no reconocidos, entre ellos el que se llama «GAP» por la propia oposición, el «Grupo de Amigos Personales», principalmente procedentes del MIR, que dan escolta al Presidente desde antes de su acceso al poder. Se le acusa de limitar el uso de la televisión al servicio del Gobierno, de perseguir a personalidades de la derecha y de no permitir la libre expresión de los partidos antigubernamentales. La rápida reacción de Allende ha consistido en nombrar a Toha ministro de Defensa Nacional, medida cuya constitucionalidad se discute: mientras el Gobierno alega que está en las facultades legales del Presidente, y alega precedentes de ministros repuestos incluso en el mismo Ministerio del que habían suspendido, apoyándose sobre todo en que falta el dictamen del Senado.

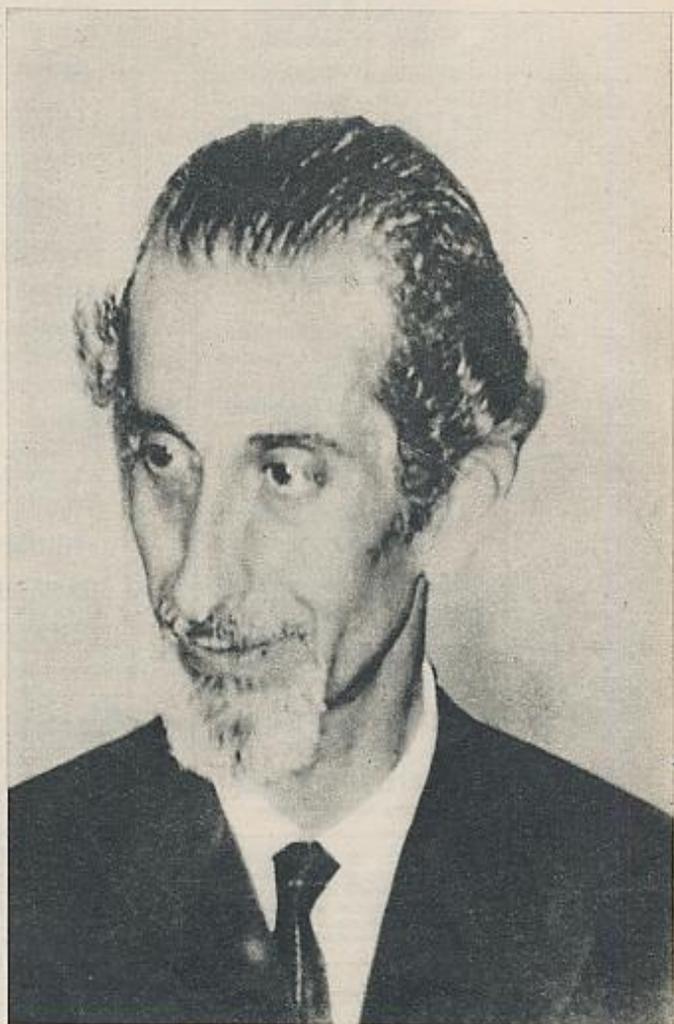
EL problema no es tanto la salvación o la condena de este ministro como la formación de un bloque unido de la oposición de derechas capaz de bloquear en el Congreso todos los textos revolucionarios emitidos por el Gobierno, obligando a éste, o bien a saltar por encima de la legalidad, o a bordear el anticonstitucionalismo, o bien a paralizar la marcha de la revolución, exponiéndole a las furias de su propia base. En una palabra, se trata de impedir que la actual situación llegue a consumar su plazo legal, que termina en 1976. Este bloqueo del Congreso al Presidente se produjo ya durante la presidencia de Frei y destruyó su experiencia de «revolución en libertad». En aquel caso las votaciones adversas, la negativa a los textos reformadores la hicieron en el Congreso izquierdas y derechas: aquéllas, porque le parecían escasas, más aparentes que reales; éstas, porque las consideraban demasiado avanzadas y peligrosas para las estructuras del país.

FREI se está vengando. Se vengó previamente de la derecha apoyando a Allende en la elección. Como se recuerda, Allende no consiguió los votos suficientes en las elecciones como para ser proclamado Presidente automáticamente y necesitó el refrendo del Congreso. Frei y la Democracia Cristiana votaron por Allende en contra de la derecha. Pero ahora Frei y su partido se han pasado a la derecha. Más aún, la encabezan y la dirigen. El ex Presidente ha vuelto a Chile después de una larga estancia en los Estados Unidos —que, sin duda, confían ahora en él— y ha encabezado una amplia coalición que va desde su propio partido, considerado como centro, hasta los activistas fascistas de «Patria y Libertad» con sus «comandos de acción múltiple», sus «decurias» —grupos de diez—, especializados en el manejo de explosivos y armas de fuego. Mientras, en el Parlamento, la Democracia Cristiana vota junto a los nacionalistas y a los demócratas radicales para bloquear la acción presidencial.

ES muy curioso observar que todas las acciones de la oposición, en la calle, en el Parlamento y en el exterior del país, se han desenca-

denado simultáneamente al cabo de un año de poder de Allende, coincidiendo con la visita de Fidel Castro y con el regreso de Eduardo Frei de los Estados Unidos. La oportunidad de aprovechar la visita de Castro es políticamente inteligente, con el fin de señalar una identidad entre las dos revoluciones. Fue en ese momento cuando se lanzó la famosa «marcha de las cacerolas vacías»: una manifestación de mujeres mostrando cacerolas vacías como señal de escasez, de hambre. Que estas amas de casa fueran elegantemente vestidas, que sus baterías de cocina así aireadas fuesen lujosas, que la manifestación estuviera encuadrada como medida de protección por los jóvenes de «Paz y Libertad», que las damas manifestantes llegasen al lugar de la convocatoria en sus propios automóviles son hechos que difícilmente traspasan las murallas de la información, tal como está organizado hoy el mercado de noticias. Poco después, las tropas de choque de «Paz y Libertad» ocupaban tres Facultades con la ayuda y la anuencia del rector —Boeninger Kausel, demócrata cristiano—. Simultáneamente, dos consejeros de Nixon —Klein, jefe de comunicaciones en la Casa Blanca, y Finch, consejero especial de la Presidencia— anunciaban que «el Gobierno Allende no durará mucho tiempo». Y comenzaba la batalla parlamentaria que tuvo un punto

La suspensión del ministro del Interior, José Toha, decidida en la Cámara, forma, sin duda, parte del plan de la derecha encaminado a obstaculizar la marcha del Gobierno de Salvador Allende.





Salvador Allende, en la primera rueda de prensa ofrecida después de su designación como Presidente, con los ministros Jaime Suárez y José Toha, ahora depuesto.

importante en la reforma constitucional que dispone que las nacionalizaciones y la incautación de monopolios deben hacerse por ley, y que esta ley ha de ser aprobada por las Cámaras antes de ser ejecutiva. Allende puede vetar la reforma constitucional, pero el Congreso puede rechazar el veto del Presidente, y en ese caso sería preciso un plebiscito que aceptara o negara la reforma. Parece, en estos momentos, que las dos partes desean el plebiscito, porque las dos confían en obtener la mayoría.

DESGRACIADAMENTE para Allende, el «otro» descontento, el de los mineros, no puede achacarse, como la «marcha de las cascerolas», a una organización premeditada de la oposición ni a una acción de la alta burguesía. Es su otro frente. Fidel Castro utilizó su prestigio revolucionario para pedir calma a los mineros del cobre de Chuquibambilla, explicándoles que podían perjudicar su propia causa, que no estaban combatiendo a un Gobierno reaccionario o a una compañía imperialista, sino al propio pueblo, propietario ahora del cobre y, por lo tanto, a ellos mismos. El problema es que los mineros del cobre llevan más de lo debido forzados, por unas causas o por otras, a la paciencia, que su situación económica es dramática y que no comprenden cómo «su» Gobierno, un Gobierno de Frente Popular, les rehúsa lo que ya les habían rehusado los patronos de los Estados Unidos, por mucho Fidel Castro que se lo explique. Los 8.500 mineros piden un 50 por 100 de aumento en los salarios y no aceptan el 22 por 100 que les ofrecen las autoridades. El 50 por 100 haría probablemente poco rentable —o con pérdidas momentáneas— la explotación del cobre en un momento en que los mercados mundiales —que siguen controlados por los Estados Unidos— hacen bajar su precio. Pero cada día de huelga en las minas puede hacer perder un millón de dólares, cifra naturalmente importante en una economía debilitada. El MIR —en cuyo seno se debatió ampliamente si debía o no salir de la clandestinidad para sumarse abiertamente a la Unión Popular de Allende— apoya estas reivindicaciones, y las de otros sectores obreros y agrarios descontentos.

LA situación está, por consiguiente, enormemente crispada. Parece que en los dos bandos hay una sensación de «lucha final». La derecha cree que si pierde esta ocasión, que está cargando con toda su fuerza, irá perdiendo poco a poco sus tradicionales resortes de poder y no podrá evitar que la revolución se consuma. Su táctica es, como queda dicho, a forzar a Allende a salirse de la legalidad o, si no lo hace él, a que se salgan de ella los sectores populares y la extrema izquierda. Los pasos que está dando parecen los más adecuados a esta finalidad, y la mayor parte de los esfuerzos de Allende —como las mismas palabras que pronunció ante la manifestación del palacio presidencial— parecen destinados sobre todo a contener a sus propios partidarios para que no vayan más allá de lo posible. Por otra parte, el contexto hispanoamericano que le rodea no le es precisamente favorable: en Uruguay el conservadurismo se afirma tras la derrota electoral del Frente Amplio, como en Bolivia el régimen se hace más represivo tras la caída de Torres; Perú y Ecuador, a pesar de haber tenido como breve visitante a Castro, no deciden el reconocimiento de Cuba mientras no se decida en la Organización de Estados Americanos —que es la tesis venezolana, la de Rafael Caldera— y parecen atravesar por un momento de retracción, de moderación; Argentina no consigue estabilizarse, abrir la vía a la «normalización democrática» que parece ser el objetivo final de Lanusse. Parece todo ello el movimiento de vaivén, el de respuesta al desafío que supuso la larga visita de Castro a Chile, con su significado de «desbloqueo», de reintegración al Continente del que estaba aislada. Como si Washington quisiera indicar que todavía necesita, antes que nada, una forma de reconciliación con los Estados Unidos...

DEL desenlace de esta crispación de Chile depende, en gran parte, del sesgo que tomen los acontecimientos políticos en los países circundantes; pero no olvidemos que sea cual sea el carácter de las formas políticas que vengan, deberán resolver urgentemente las situaciones sociales que se presentan en las distintas zonas del subcontinente y que sin esa solución o vía de solución ningún Gobierno podrá considerarse como estable o como válido.